

CAPÍTULO XXIX.

CONTINUA EL PÍCARO TIEMPO HACIENDO ATROCIDADES.



Asó, mas pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dió pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sanchez no se decidió en último resultado ni á batirse con él, ni á reclamar á Amalia: se conformó con enviudar.

Ricardo fué espléndido los primeros dias, pero á cierto tiempo se habia trasformado en económico.

La posicion de Ricardo era un verdadero enigma; y re

presentando admirablemente su papel de rico en todas partes, no habia dejado traslucir del misterio de sus ingresos mas que esto: jugaba.

Con esta palabra se conformaban los mas curiosos y los mas exigentes, y encontraban en ella la solucion de todas las prodigalidades de Ricardo.

Llegó un momento en que Amalia se dió cuenta de su falsa posicion: Ricardo empobrecia; habia mas, empobrecia á Amalia.

En las grandes capitales existe una pasion ignorada en el campo, en las aldeas ó en los pueblos cortos: la muger encuentra en su equipo una parte sustancial de su sér, un complemento indispensable de su individualidad.

Amalia, viviendo en el almacen de sus cien vestidos, de sus afeites, de sus sedas y de sus joyas, era la oruga de un caracol dorado.

Dos cosas constituian la personalidad de Amalia: Ella y lo suyo.

De modo que cuando Amalia empezó á ver menguarse su guardaropa, sintió la tristeza de un pájaro, al que se le caen las plumas, ó de un pescado al que se le caen las escamas.

No es posible medir el tamaño de esta terrible contradiccion en la muger de la ciudad populosa. Amalia sentia deshojarse, y el *confort* comenzaba á huir de su derredor de una manera que le desgarraba el alma.

Amalia hubiera sido capaz de asirse de un hierro candente; y nada, ninguna consideracion, ningun recato, nin-

guna reserva hubiera sido bastante á contenerla en su ansia de mantener su posicion: se sentia capaz de transijir con el crimen.

El apoyo de Ricardo se desvanecia por momentos. Ricardo estaba hastiado, y lo dejaba traslucir en sus menores movimientos.

Amalia volvió la cara en torno suyo, y la amenazaba la desolacion de su alma, porque no tenia amigos ni parientes.

El único salvoconducto de Amalia en la vida, habia sido su hermosura, y ya se encontraba con la patente sucia; el tiempo se dejaba caer pesado é inexorable sobre Amalia, marchitándola y anunciándole un fin tristísimo.

¡Ah! ¡cuanto hubiera dado por ser una madre de familia, la última, la mas humilde de las mugeres legítimas! ¡Cuando lloró su primera liviandad, estaba cosechando el fruto amargo de su libertad de ideas, de su trasgresion de los sanos principios, de su ligereza imperdonable!

Amalia, en aquella pendiente, buscaba con una ánsia febril un nuevo amor, porque el amor habia sido su vida, su negocio, su patrimonio, su sér social.

Nadie la amaba ya, y en medio de este aislamiento, Amalia miraba á los hombres, como viera un arpon (si el arpon tuviera ojos) á un pescado de gran calibre.

Amalia, antes sabia reirse y mirar, porque habia cierta naturalidad en estas dos *llamadas de tropa*, porque estaba querida por alguno y deseada por otros; pero desde el momento en que Amalia tuvo, como los marinos, que

soltar todo el trapo, acentuó su sonrisa y concentró su mirada, y sonrisa y mirada resultaron zurdas para el espectador.

Era la sonrisa peculiar de la jamona, parada todavía en el dintel de la vejez para ofrecerse en tardío sacrificio ó para despedirse de los hombres.

¡Horrible acabamiento, despedida cruel para la muger que no lleva al último tercio de la vida, un corazón puro y el tesoro de sus virtudes!

Ser vieja y despreciable, inmediatamente después de un presente de fausto y de ilusiones, no tener ni un hijo ni una familia, ni un amigo.

¡Qué cuenta tan friamente desgarradora! ¡qué libro tan lúgubre el de una vida sin virtud!

Los días caían sobre Amalia, como las heladas sobre los sembrados: veía al espejo la progresiva é inevitable invasión de las arrugas, y los ángulos de la vejez iban substituyendo á las graciosas curvas de la hermosura.

Ricardo recogió las últimas flores de aquel vergel, que se volvía erial, y lo que llamó felicidad se había convertido en un engorro.

La Chata estaba más fresca, parecía más joven que Amalia; seguía siendo la Chata.

Un día se separó Ricardo del lado de Amalia para no volver más. Supo Amalia, ocho días después, que había montado en una diligencia: algunos acreedores de Ricardo citaron á Amalia ante los jueces.

Amalia comenzó á vivir de lo que le quedaba, quiere decir, la oruga se comía su caracol.

Hizo aún algunas tentativas: tuvo cierta predilección por los imberbes: era infinitamente amable, tanto cuanto eran infinitamente fríos los pollos y cautos los señores grandes.

Amalia estaba á punto de arrojar sus galas por delante al ataúd de sus ilusiones; pero todavía al borde, dirigía la vista en torno suyo, por si en el desierto de su vida hubiera quedado un solo hombre capaz de ser ciego.

Nada: desolación por todas partes. Amalia estaba por demás en el mundo, y contemplaba con un horror imposible de describir, el conjunto de los días que le quedarían de vida, porque aquellos días iban á ser la vida de una vieja vacía.

Darse á Dios, es una famosa ocupación que tranquiliza soberanamente á las viejas; y ese tercio de solemne reparación es la consecuencia de un buen principio.

En Amalia se había perdido ese fundamento; Amalia estaba reformada por el descreimiento; al abandonar sus prácticas religiosas no había reformado su fé, ni substituido lo que no debía ser con lo que debía pensar. Amalia, á imitación de muchas gentes de moda, había hecho punto omiso de la cuestión religiosa, y en cuanto á la base, no se había tomado la molestia de pensar que hay algo que se llama moral, y que éste es un alimento que necesita el espíritu humano, como necesita el cuerpo el aire atmosférico.

Ya se ve, habia estado siempre tan dedicada á leer la Moda Elegante; habia tenido siempre tanto que hacer con los olanes, y los puff, y los dijés y los cien mil admínculos de su persona, que no le habia alcanzado el tiempo para dedicarse á cosas que no se conocen en la cara, ni se adivinan en el talle, ni hacen bonito el pié.

La vida de Amalia, segun ella misma creia, habia sido una continua lucha: realmente no descansaba; la revista de sus trajes, el cambio impertinente de la moda, las exigencias sociales, sus costumbres, su clase, su posicion, su hermosura, sus atractivos, su bien parecer, sus aventuras galantes. ¿No contenia en sí todo esto la mas grave y afanosa de las ocupaciones? ¿tendria tiempo en medio de tantas atenciones para leer libritos de moral ó para rezar novenas como las viejas?

Ella no tenia la culpa, hacia lo que todas: entraba en la moda, se componia, cumplia su mision de parecer bien; era el ornato de un salon, la figura prominente en el baile, la alegría de Sanchez, la envidia de muchas señoras elegantes, el terror de las beldades ordinarias, la ilusion de los pollos, el deseo tentador de algunos viejos; ¿qué mas? ¿No es esto hacer papel? ¿no es esta la muger en la mas útil de sus fases? ¿no es esto lo que busca hoy el hombre en sociedad? ó sino, ¿por qué vapular á las mochas? ¿por qué reirse de las mugeres que van atrazadas en la moda? ¿por qué censurar á las hacendosas? ¿por qué horrorizarse de la que guisa? Amalia no sabia hacer nada de esto, y cumplió su mision; realizó el bello ideal de la muger de

moda; se vistió bien, se perfumó, se peinó admirablemente, supo hasta el último detalle de la moda, supo hasta tomar los gemelos en el teatro, en la postura mas incómoda que se conoce, supo agacharse para darle aire al puff, todo eso supo; supo ser encantadora: lo oyó decir mil veces. ¿Y quién le disputó su papel de reina de la moda, de muger de un gusto y de una elegancia sin límites?

Pero ¡ay! cuando la realidad tocó á su puerta, cuando los pétalos de su hermosura se fueron desprendiendo de su cáliz, cuando su cútis resistía al afeite, cuando el tiempo le escarabajaba el rostro, plegando aquel cútis de rosa. ¿Qué se hizo del tesoro que Amalia habia elaborado durante tantos años? ¿para qué le servian las galas si todos, todos huian de ella, como de un apestado?

Y luego, que la vejez parecia complacerse en destruir en Amalia precisamente las líneas que ella habia contemplado con predileccion ante el espejo: la gracia de su boca, tenia ahora no sabemos qué de grotesco, porque unos malditos ganchos de oro de que Chacon se habia valido para sujetarle cuatro dientes, influian de una manera incomprendible en los movimientos de sus labios.

Despues de su última enfermedad de anginas, Amalia habia quedado ronca para siempre, y ella misma notaba que en el teclado de su voz, por mas esfuerzos que hacia, no podia levantar los *apagadores*.

¡Pérfido pedal del *piano* que no resiste al peso de cuarenta y cinco calendarios! Por mas que se diga, la tal hu-

manidad no está compuesta mas que de gencilla de pipiripao que se desencuaderna al menor soplo.

Amalia derramó abundantes lágrimas ante la primera camisa de algodón que iba á ponerse y ante los primeros botines ordinarios que iban á aprisionar sus mimados pies; cada despedida era un dolor, y cada dolor un castigo.

La vida estaba siendo cada vez más insoportable para Amalia.

CAPITULO XXX.

AMOR PLATÓNICO.

EN la casa de Chona todo era igual hacia mucho tiempo. Salvador hacia invariablemente dos visitas al día, una de las diez y media á las doce, y otra de las ocho á la una de la noche.

Esta constancia no necesitaba ponerse á discusion ni entre la servidumbre, ni entre los dependientes de la casa, sino que era traducida desde luego de esta manera.

—Salvador es el amante de la señora.

Se murmuraba ya entre las amistades de la casa, sobre aquella constancia ejemplar de Salvador, aunque no fal-